



ROMANCE

DE LA DESGRACIADA MUERTE DE JOSEPH DELGADO (alias Hillo) en la Villa, y Corte de Madrid, el dia once de Mayo del año de mil ochocientos y uno.

PRIMERA PARTE.

Aunque con pena, y dolor, y el alma de angustia llena, afligida de quebranto, dolorida de tristeza, y quasi tirubeando, insensata, y macilenta, quiero ahora en breves líneas, y doloridas cadencias referir à mi Auditorio la mas funebre tragedia, que ha sucedido en la Corte de Madrid (donde la Regia Magestad tiene su asiento, domicilio, y su grandeza.) En esta Corte famosa, que estaba un hijo de aquesta Ciudad (su Pueblo Hispalense) en donde el recreo era deste pueblo Sevillano; pues su garvo, y gentileza encantaba con su modo, y politica destreza, tanto, que à todas las gentes la voluntad les grangea. Y sino digalo un Cadiz, que lo han sentido de veras, el Puerto no digo nada, y Xeréz con mucha pena; en fin digo lo han sentido en todas, todas las tierras en que à èl le conocieron por su garvo, y su modestia; pues del mucho sentimiento es tanta, tanta la pena, que tiene en sí, que no hay ni un alma que no lo sienta, la muerte tan desgraciada,



que ha tenido, mas me queda que pedir, que es el auxilio de Dios, y su Madre, nuestra Señora de la Piedad, aquella que se venera en el sitio que le nombran del Baratillo, que aquesta es devocion, que la tuvo este tal, que aquí se expresa. Este fue Joseph Delgado, (alias Hillo) y es fuerza referir como su muerte ha sido, ò quien pudiera tener la ciencia de Homero para poder componerla! Mas valido de la gracia de Dios, y su Madre bella Señora de la Piedad, empiezo de esta manera. Año de mil y ochocientos, y uno, segun la cuenta, el dia once de Mayo, un Lunes, segun expresa la Carta, que yo he leido (de una tal correspondencia) de que ha tenido un amigo de un hijo suyo, que aquesta es verídica, pues èl la escribe con la experiencia de haverlo visto à sus ojos morir, què fatal tragedia! què pena, dolor, y angustia sería (ya se contempla) à los que lo están mirando, notable fatal tragedia! (vuelvo à decir otra vez) pero no sè que dixera!

que entre tanta gente junta
no hubo quien lo socorriera
à aqueste infeliz mancebo?
Valgame la Virgen nuestra!
que habiendo el librado à tantos,
no hubo quien lo favorezca?
y es que estaba alli su fin,
Dios en el Cielo lo tenga.
En fin voy à declarar
por ver si à Dios lo encomiendan
con tenerlo à el tal presente
quando canten estas letras,
(pues mueven los corazones
aunque sean hechos de piedra)
esta relacion en verso
el que està , ò futuro venga,
que algun sufragio tendrá
tal vez si acaso se acuerdan,
que esa ha sido la intencion
de este su amigo Poeta,
que por eso lo ha compuesto
por ver si alguno le reza
aunque sea un Ave Maria,
y ese mas sufragio tenga;
y mas si se alcanza el fin
de imprimirlo en la Imprenta,
y asi escuchen mis oyentes,
que ya empieza mi cadencia.
Un Lunès (vuelvo à decir)
estando la Plaza llena
de gente , entrò el despejo,
como se acostumbra en esta,
usando de su exercicio
con la devida limpieza,
despejaron luego al punto
echando la gente fuera,
y despues los Picadores
à el punto corriendo entran,
y detras van los de à pie,
Vanderilleros , que eran
primos ver los vestidos,
y gracia con que los llevan,
despues van los Matadores
de espada (con gentileza)
y el valiente Joseph Hillo,
(como principal cabeza)
pues es maestro de todos,
porque por el se gobiernan,
y llegando hacia el balcon

à donde està la grandeza,
usando la cortesia,
que es debida (que se tenga)
se quitaron sus sombreros
con politica agudeza,
pues es lo que se acostumbra
entre la gente discreta,
usan de sus cortesias
segunda vez , luego llegan
à el Chiquero prontamente,
y no porque van de priesa,
y los Picadores juntos
marchan à la Corraleja,
en compania los demás
les asisten los que quedan
para evitar ocasiones
peligrosas de que puedan
redundarse à el que se ponga
de Picador à la puerta,
y poniendose en su sitio
con la garrocha puesta
con la prevencion debida,
con el pañuelo hace seña
el Principal que lo manda,
y al punto el mandato observa;
resonaron los Clarines,
con sus canoras cadencias,
y corriendo los cerrojos,
à el punto saliò una fiera
de un Toro , y lo recibìo
el que està puesto à la puerta,
y lo despidiò de si
con valentia soberbia,
el segundo hizo lo mismo,
y el tercero lo echò en tierra,
pues que le matò el caballo,
y le echò las tripas fuera,
y despues lo matò Hillo
con gran garvo , y gentileza,
aunque tuvo una cogida
en la mañana primera,
mas no fue cosa mayor,
si le molesta una pierna.
Tambien el llamado Ortiz,
herido saliò de veras,
mas fue aquella propia tarde
de que se jugò la fiesta,
tambien el Platero fue
herido (mas cosa tenua)

pero aunque Hillo cojeaba,
no por eso matar dexa.
O desgraciado mancebo!
O desgracia tan proterba!
O! quién le dixera à él
de que en esa tarde mesma
havia de ser fragmento,
ò víctima de una fiera
de un Toro, que Castellano
es de Castilla la Vieja,
la divisa era morada,
y del Toro su amo era
Pefiaranda Bracamonte,
y el color la carta expresa,
que era de color muy negro,
como lo explican sus letras;
y à el tiempo de ir à matarlo,
tanto se arrestò, que à fuerza
de meterle bien la espada
(como acostumbraba) queda
la espada à el toro metida,
y el Toro con gran fiereza
lo ha agarrado de tal suerte,
que por un bacio le entra
el cuerno, y por el pescuezo
de Hillo lo saca, el qual queda
por el tiempo de dos Credos
colgado de su cabeza,
y despues lo despidió
cadaver; ò qué tristeza
causò, pues sus compañeros
inmóviles todos quedan,
atonitos, y confictos,
sin saber si aquello era
verdad, pues aunque lo vesan
à su vista, en su presencia,
con mirarlo por sus ojos,
les parecia Novela,

SEGUNDA PARTE.

YA dixé en la primer plana,
noble Auditorio discreto,
que diria las excusas,
y de su solemne entierro,
lo que à Joseph lo elogiaron
dando entero cumplimiento,
honrandolo hasta su fin,

en ver à un hombre que ha sido
en su saber, y destreza
la fama de todo el Orbe,
y sino calle la lengua
de la fama de Benete,
Huevo, Candido, y Saavedra,
Juan Cosme, y Juan Miguel,
y Palomo, aunque estos eran
diestros, no llegaron nunca
ni en un apice siquiera
à el garvo de Joseph Hillo.
Dios por ser quien es lo tenga
en su eterno descanso,
siquiera porque siquiera
fue devoto de la Virgen
de la Piedad (dulce Reyna)
mientras vivió en este mundo
de vida precedera,
y en Madrid tuvo su fin
en los cuernos de una fiera.
Y con esto Pimentél,
compositor de estas letras,
pide à todo su Auditorio,
y à todo à quien lo encomienda
à Dios todo poderoso,
le digan: Requiem eternam,
luego al fin un Padre nuestro
rezado de todas veras
por su alma, porque Dios
le haya dado gloria eterna.
Y en otra segunda parte
ofrezco al pie de la letra
declarar los funerales
con veridica certeza
de su Entierro suntuoso,
pues lo honraron con grandeza
en la Corte de Madrid,
como las cartas lo rezan,

fingiendo gran sentimiento
en su desgraciada muerte;
mas para poder hacerlo
primero à mi me precisa
pedir la gracia, que espero
de Dios, y su Sacra Madre
de la Piedad, mi consuelo;

fiado en ambos podrá el nu á ro no
mi numen (aunque pequeño)
referir à mi Auditorio,
y à queste ilustre Congreso,
con la gran solemnidad
de que su Entierro le hicieron,
mas valido de ambas gracias,
de aquesta manera empiezo.
Y digo en primer lugar,
para que sepan de cierto
como en el doce de Mayo
del año que dexé expreso
en la antecedente plana,
despues de estar manifestado
con la costumbre debida
à todo difunto cuerpo,
que son veinte y quatro horas,
poco mas , ò poco menos
con muy grande perspectiva
de Altar, y muchos hacheros,
de grande iluminacion
de Panteones obsequios,
que aunque fanébres espárcen
alegría solo el verlos,
pues causan gran devocion,
aunque es asunto funesto;
pues esta tanta la gente,
que iba à rezarle, y à verlo,
que se ahogaban de suerte,
que parecia un Jubileo,
pues era tanto el concurso
de Nobles, y de Plebeyos,
que toda ponderacion
es poca para creerlo.
Y por la tarde lo sacan
con mucho acompañamiento
de gentes , que le acompañan
à su funeral entierro,
yendo con gran devocion
hasta llegar à aquel Templo,
que se llama San Ginés,
en donde le dan su asiento;
y todas las Comunidades
tambien le van asistiendo,
y todo el Claro tambien
con gran devocion, y zelo,
y poniendolo en la Iglesia

le entonaron sus górgeos, para que
cantandole su Vigilia
con gran acierto, y arreglo,
y tambien grande concurso;
y todos sus compañeros
le acompañaron tambien
(los quales iban de duelo)
tan afligidos, que era
pena grande solo el verlos,
pues con suspiros decian
lo que contemplaban ellos,
que havian perdido quien era
su amparo, y su maestro.
Y despues de rematado
lo levantan en el feretro,
y llevandolo à su sitio
en donde està el verdadero
Palacio que los Christianos
hemos de ir sin remedio
mas que las Aves Marias,
que por su alma recemos
los que quedamos acá,
que esa obligacion tenemos,
que mañana puede ser
que nos suceda lo mesmo,
que en el dia del Juicio
despues que resucitemos
recibiremos el pago
teniendo doble por premio.
Dios por su gracia nos dè
la gloria que acá queremos,
y nos perdone las culpas,
que poniendo acá los medios
nos perdonará de suerte,
que gocemos de su Reyno.
Y con esto Pimentél,
compositor de estos versos,
pide con mucha humildad,
que rezen un Padre nuestro
por su Amigo Joseph Hillo,
y le perdonen los yerro,
que hayan tenido sus letras,
pues contempla son inmensos;
mas como discretos todos
suplirán de su concepto
las rudezas que tuvieron
los defectos de sus versos.

Con licencia : . En Cordoba , en la Imprenta de D. Luis de Ramos y Coria,
Plazuela de las Cañas.